
Los pilares de nuestra democracia*

Óscar Arias Sánchez
Presidente de la República de Costa Rica

Amigas y amigos:

Para mí es siempre un placer volver a recorrer los pasillos de una Universidad, porque significa recorrer los pasillos de mis convicciones primeras, de mis aspiraciones juveniles de justicia y de libertad. Crecer y madurar quiere decir, en muchas ocasiones, rendirse, dejar los ideales, recluirse en el tiempo y el espacio de una vida cotidiana que dista mucho de ser lo que hubiéramos querido. Por eso siempre hay que volver a caminar por estos pasillos, y retornar al centro del optimismo y de la esperanza, al centro sin límites de lo que uno se atrevió, hace mucho tiempo, a soñar.

Es el espíritu de los jóvenes universitarios el que más puede aportar a la causa de la ilusión por un mundo libre y solidario.

* Discurso del Presidente de la República a estudiantes de la UACA que le solicitaron su opinión sobre el referéndum y el futuro de Costa Rica. El Presidente expuso su opinión en la Sala de la Biblioteca la noche del 23 de agosto de 2007, un mes y medio antes de que el pueblo de Costa Rica por mayoría aprobara el Tratado de Libre Comercio (CAFTA) entre Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala, El Salvador, República Dominicana y los Estados Unidos.

Vengo a nutrirme de ese espíritu, y a darles a cambio un poco de algo en lo que sí les llevo una gran ventaja: los arios de experiencia vividos.

Han pasado casi cincuenta años desde el día en que entré por primera vez a la Universidad. Y durante ese tiempo he aprendido a valorar ciertas cosas, cuya trascendencia tal vez no comprendía entonces. He aprendido el valor de la democracia, he aprendido que es el mejor sistema político, aunque no sea perfecto. He aprendido el valor del crecimiento económico, he aprendido que es indispensable para labrar justicia, aunque no sea suficiente. Sobre todo, he aprendido el valor del respeto y de la tolerancia, he aprendido que son los pilares de la sociedad en la que vale la pena vivir, aunque no sean fáciles de alcanzar.

Para quien nace en una democracia centenaria, y siempre ha vivido en ella, es muy fácil caer en la trampa de creer que las imperfecciones de su sociedad se deben a las imperfecciones de su sistema político. Angustiados frente al enorme caudal de problemas que urgentemente tenemos que solucionar en nuestro país, no podemos rendirnos a la tentación de creer que el ataque a las instituciones democráticas nos va a liderar hacia la construcción de una nación más acorde con lo que siempre soñamos.

No es alejándonos del respeto a la voluntad popular, que lograremos construir una sociedad más justa e inclusiva. No es atacando a la Sala Constitucional, al Tribunal Supremo de Elecciones, a la Asamblea Legislativa y al Poder Ejecutivo, que lograremos construir un país sin pobreza y con menos desigualdad. No es sospechando de toda política pública y contradiciendo todos los proyectos del gobierno, que lograremos construir un Estado más transparente y eliminar la corrupción en la función pública.

Esto tiene que quedarnos muy claro, porque el próximo 7 de octubre profundizaremos una de nuestras más ancestrales instituciones democráticas: el sufragio. Atacar a esa institución, o al Tribunal que se encarga de vigilarla, no es más que ladrarle al árbol equivocado. Los problemas que tiene Costa Rica no se solucionarán cuestionando nuestros procesos electorales ni sembrando dudas en la población costarricense. Se solucionarán eligiendo las mejores opciones para propiciar nuestro desarrollo.

Y esto se los digo con un gran sentido de urgencia: nuestra democracia no es inalterable ni está asegurada para siempre. No es un punto de llegada sin retroceso. Es una conquista histórica que puede flaquear, si socavamos sus fundamentos. La violencia verbal, -y la violencia física a la que puede conducir-, el irrespeto a las resoluciones de los tribunales, el cuestionamiento sobre la legitimidad de nuestras autoridades, la instigación al odio y al enfrentamiento social, el rechazo extremista y dogmático de las posturas ideológicas contrarias, son las mejores vías para poner en riesgo nuestra larga tradición democrática. Un breve vistazo a la historia de Latinoamérica debería bastar para confirmarnos esto. Naciones cuya democracia se consideraba incluso más sólida que la nuestra, la perdieron por privilegiar otros intereses y valores por encima de los intereses y valores democráticos. Si de algo han de servir todos los encarcelamientos políticos, las represiones, los exilios y hasta los asesinatos que padecieron miles de latinoamericanos durante los últimos cincuenta años, es, cuando menos, de lección histórica. Su sufrimiento nos obliga a no cometer los mismos errores. Ningún TLC, ninguna propuesta del gobierno, ninguna resolución de un tribunal, por más contraria a nuestras convicciones, es tan importante como para que valga la pena poner en riesgo la democracia que hemos labrado a lo largo de los últimos doscientos años.

Winston Churchill dijo en una ocasión que *"la democracia es la peor forma de gobierno, con excepción de todas las demás"*. Con su habitual ironía, el gran estadista inglés nos advertía sobre el peligro de pretender que las imperfecciones de nuestro sistema político, que ciertamente existen, son suficientes para rechazarlo o actuar irresponsablemente con las instituciones que lo identifican. Digan lo que digan, la democracia sigue siendo la mejor forma de organización política para alcanzar los intereses colectivos sin menoscabar los derechos individuales; para alcanzar los sueños de la sociedad sin irrespetar los sueños del ser humano. No permitamos, queridos estudiantes, que se juegue con ella.

Les he dicho que irrespetando la democracia no se solucionan nuestros problemas sociales, sino que, por el contrario, se agravan. ¿Cómo se solucionan entonces? No existe una única respuesta, ni una receta mágica. Cada sociedad debe buscar los mejores mecanismos para solucionar los suyos, conforme con sus necesidades y sus capacidades. Pero lo que sí es claro es que,

independientemente de cuáles sean esos mecanismos, siempre vamos a requerir dinero para financiarlos. Un pueblo más justo, más equitativo, más sano, más educado, más seguro y más culto debe ser nuestra máxima aspiración, pero no podemos aspirar a alcanzarlo gratuitamente. El crecimiento económico es la moneda con la que los países pueden pagar las políticas sociales que reformen sus estructuras. Negar eso, es construir castillos en el aire, sin ninguna posibilidad de concreción.

Queda entonces por determinar cuáles son las políticas que mejor propician el crecimiento económico, y la evidencia indica que, en el mundo globalizado en el que nos ha tocado desempeñarnos, y para una nación de apenas 4 millones y medio de habitantes, esas políticas son el libre comercio y la apertura. Aunque no sabemos cuánto exactamente va a aumentar nuestro crecimiento económico de aprobarse el TLC, sí sabemos que va a aumentar. Ese crecimiento económico es el que nos falta para construir caminos y aeropuertos, para pagarles un salario competitivo a nuestros educadores, para mejorar nuestra atención en salud, para poner policías en nuestras calles, para apoyar a nuestros pequeños y medianos productores. Pero, sobre todo, es el crecimiento económico que nos hace falta para reducir significativamente la pobreza en Costa Rica, que desde hace casi 20 años flagela a una quinta parte de nuestra población. No es ningún giro de la casualidad que las dos naciones que más han logrado reducir la pobreza en el mundo en los últimos años, sean precisamente China e India, dos naciones que han abrazado el libre comercio con particular fervor y que muy pronto serán naciones desarrolladas. Aquí mismo, en Latinoamérica, tenemos el ejemplo de Chile, que ha reducido su pobreza a la mitad desde que recuperó la democracia, en buena medida gracias a su modelo exportador y de atracción de la inversión extranjera.

Los costarricenses podemos aceptar este hecho, o podemos ignorarlo. Lo que no podemos hacer es negarlo. Ustedes están aquí para aprender conocimientos y habilidades, pero, sobre todo, es importante que aquí se formen en la difícil disciplina de la responsabilidad. Aceptar las verdades del mundo tal y como son, sin prejuicios y sin ideologías a ultranza, es un acto de responsabilidad elemental que ustedes tendrán que practicar cuando salgan de esta Universidad. Y una de esas verdades, es que el mundo cambió, y tenemos que cambiar con él. No existe nada extraordinario

en esto. Por el contrario, lo que es ilógico es pretender negar el curso de las cosas. Cuando un periodista criticó a John Maynard Keynes por haber cambiado de opinión sobre un tema particular, él le respondió: *"cuando los hechos cambian, yo cambio de opinión, ¿qué hace usted, señor?"*. Hoy nos toca preguntarnos en Costa Rica, qué haremos nosotros. Nuestro país no alcanzará el desarrollo a partir de modelos que fueron efectivos hace treinta o cuarenta años, pero que hoy resultan obsoletos. El mundo actual es de apertura y de libre intercambio, Costa Rica puede aprovecharse de ello, caminando en el sentido en que caminan las demás naciones, o puede intentar caminar en el sentido contrario, inútilmente y a trompicones. Ir contra la corriente a veces es un acto de heroísmo, pero puede ser, también, un impulso autodestructivo. Yo ansío con toda mi fe que Costa Rica no se rinda a ese impulso.

Sin embargo, si bien es cierto que el crecimiento económico es necesario para labrar justicia, también es cierto que no es suficiente. Muchas naciones han transitado la senda del crecimiento económico, sin que ello se haya traducido en mayores oportunidades para todos sus habitantes. Entramos, entonces, en el terreno de **la justa distribución de la riqueza**, que no es un corolario inmediato del crecimiento económico, pero tampoco puede desligarse de él. Ciertamente no constituye un orgullo que Latinoamérica sea actualmente la región más desigual del mundo, y que la brecha entre ricos y pobres en Costa Rica haya aumentado considerablemente en los últimos años. Pero para cambiar esta realidad, tenemos que tener mucho cuidado en no actuar apresuradamente y sin pensar. La responsabilidad de la que les hablaba nos obliga a no ser pasionales, sino racionales en la elección de nuestros medios. Pretender desechar el actual modelo económico que tiene Costa Rica, por causa de la desigualdad que puede generar, es tirar el niño con el agua sucia. Aunque el libre comercio no haya sido nuestra mejor herramienta para generar equidad, yo les aseguro que el proteccionismo comercial, en el contexto global en que nos toca vivir, es una solución incluso peor. La negativa frente al libre comercio no nos hace más iguales, sino que nos hace, simplemente, más pobres.

Nuestras pretensiones de equidad y de redistribución de riqueza alcanzarían mejores resultados si nos dedicáramos a apoyar políticas tributarias progresivas, que obliguen a los más ricos a pagar para que los más pobres no carezcan de lo esencial para

vivir dignamente. Políticas como las que ha impulsado el presente gobierno, que ha logrado aumentar la recaudación fiscal en un 25%, gracias a su determinación de cobrarles impuestos a las personas más adineradas y a las grandes empresas de nuestro país. Ahuyentando a los inversionistas no lograremos mayor inclusión social, lograremos, únicamente, menos dinero para el Estado y para su agenda social.

Sé que hay personas que piensan distinto de mí en este tema. Sé que hay personas que piensan que el libre comercio será el fin de nuestra historia solidaria, y que el TLC con Estados Unidos va a enterrar todo lo que durante tanto tiempo hemos construido en Costa Rica. Aunque creo que están absolutamente equivocados, siempre defenderé su derecho a expresar lo que piensan. Después de todo, y como bien afirmó George Orwell, *"si la democracia significa algo, es el derecho de decir a los demás lo que no quieren oír"*.

Yo quisiera que todos los costarricenses estuviéramos de acuerdo sobre los mejores medios para alcanzar los fines que deseamos para nuestro país. Pero, como no es así, no nos queda otra vía más que la del respeto y la tolerancia, que son, como dije al inicio de mi discurso, los pilares de la sociedad en la que vale la pena vivir. Porque nadie está exento de disentir. Es más, ese es uno de nuestros más sagrados derechos. Y sólo vale la pena vivir en una sociedad en la que ese derecho no implique insulto o exclusión, en la que ese derecho no conlleve amenazas o debilitamiento del tejido social.

Muy a menudo, la democracia es el deber de respetar a una persona que grita a todo pulmón aquello que uno rechaza con todas sus fuerzas. Sé que no es fácil lograrlo. Pero si queremos conservar la historia de paz que durante tanto tiempo hemos forjado, no nos queda otra opción. En el ámbito inmediato, esto quiere decir que quienes andan con pines de NO TLC, tendrán que aprender a hablar y entenderse con los que andan pulseritas blancas, y viceversa. De eso depende, en gran medida, que éste siga siendo uno de los países en donde más vale la pena vivir.

Amigas y amigos:

Me han pedido que hable aquí sobre "El referéndum y el futuro de Costa Rica", y aunque desearía darles una descripción unívoca

e infalible de lo que será el futuro de nuestro país, no puedo hacerlo. Porque el futuro de Costa Rica depende de la opción que elijamos en la papeleta el próximo 7 de octubre. Pero depende incluso más de la actitud que adoptemos antes, durante y después del referéndum.

Más importante que el TLC, más importante que cualquiera de nuestras posturas ideológicas, es nuestro apego a la democracia, nuestro respeto a las ideas ajenas y nuestra tolerancia recíproca. Yo creo firmemente que la mejor forma de alcanzar aquello que soñamos para nuestro país, es, hoy por hoy, el libre comercio y la apertura. Pero respetaré cualquier decisión que tomen los costarricenses. Porque cuando recorrí por primera vez los pasillos de mi universidad, hace casi cincuenta años, creía que la paz era el más preciado anhelo que podía perseguir un pueblo, y eso es algo en lo que sigo creyendo.

Muchas gracias.

Nota del Editor: después de su discurso el Presidente de la República contestó veinte preguntas de los presentes sobre implicaciones del Tratado de Libre Comercio.